

Cinco años solo

Lorenzo Serrahima*

La imagen era tan nítida como siempre: entraba en su despacho poco antes de las ocho de la mañana, como solía hacer. Su jefe siempre llegaba un poco antes que él, y él a su vez llegaba antes que los demás empleados. Aquello, que empezaba a ser una rutina agradable desde que había conseguido su flamante puesto de subdirector de ese laboratorio, hacía siete meses, estaba a punto de estallar. Sobre su mesa había una carta, un folio blanco con un corto texto escrito a máquina y una firma. Aquel folio blanco, casi inmaculado, creció hasta convertirse en un enorme fantasma blanco, de gesto muy burlón y amenazador, con una sola frase escrita con letras enormes: *Estás despedido*. Firmado: el jefe. El jefe, aquella especie de gallito pendenciero, un vendedor adulator que había llegado a director general a base de vender cualquier cosa (legal o ilegal) y adular al dueño del laboratorio. Que no tenía más cultura que el pateo de la calle, la discusión y el engaño comercial. Y que en el proceso de selección le había escogido a él «porque sabes idiomas y tienes la formación empresarial y en ciencias de la salud que esta empresa necesita». Apenas había tardado siete meses en darse cuenta que toda esa formación se podía volver contra él, que ese recién llegado con formación podía llegar a quitarle el puesto. Y no estaba dispuesto a perder el poder. Así que lo ejerció en forma de carta firmada.

Se llevó una sorpresa cuando no sintió nada. Esperaba sentir rabia, pánico, temblores, un sudor frío, en fin, lo que ya había sentido otras veces. Pero no sintió nada. Se quedó mirando al fantasma a los ojos, impertérrito. Y entonces vio cómo el fantasma iba perdiendo la sonrisa, retrocedía e iba reduciendo su tamaño hasta recuperar su apariencia original: una inofensiva hoja de papel sobre la mesa.

Se despertó sin sentirse bañado en sudor, sin la agitación que había sentido en otras ocasiones en que había soñado esa misma pesadilla. Incluso esta vez podía recordarla sin tener aquella sensación tan desagradable de rabia e impotencia que había sentido otras veces. Hacía seis años que aquello le había sucedido realmente. Aquella carta le había mandado violentamente al paro, de forma imprevista y sin que hasta ese momento él sospechara nada. Recordaba haber pasado un año horroroso, sintiéndose ora al borde del abismo de la depresión, ora esperanzado tras haber enviado cada uno de los cientos de currículos a los que nadie respondió. Y también recordaba la frase que se le ocurrió una vez y que a la postre había cambiado su vida: «Tengo 40 años, y la gente se jubila a los 65, así que como mínimo me quedan 25 años de vida útil. Si no soy capaz de hacer nada en estos 25 años, realmente no merecía aquel puesto». Empezó a plantearse qué sabía hacer y qué podría hacer para ganarse la vida en estos 25 años que le quedaban. Él sabía idiomas y además conocía bien el mundo empresarial y el lenguaje médico. Dejó de mandar currículos y empezó a ofrecer sus servicios como traductor médico. Recordaba bien la fecha en que le encargaron su primera traducción profesional. De hecho, hoy hacía exactamente cinco años de eso, y desde entonces no había dejado de trabajar. Y hoy, como si el destino quisiese hacerle un regalo de aniversario, había sido capaz de soñar tranquilamente su pesadilla, sin molestarse. Y de repente sintió una gran excitación: si con cinco años de trabajo había vencido al fantasma él sólo, ¿hasta dónde sería capaz de llegar con 10? ¿Y siguiendo así, dónde estaría al cabo de 25?

Cinco años en compañía

Aquella mañana entraba por la puerta principal del hospital como todas las mañanas. Ya abundaban los visitantes, unos esperando a algún familiar para ir juntos a ver a un enfermo, otros entrando en la floristería para llevar ramos de flores a un paciente ingresado, otros en el quiosco comprando una revista... todos ellos unidos por el denominador común de tener a alguien cercano ingresado en una planta. Al pasar saludó a Miguel, el celador de la puerta principal, y a María, la enfermera de neonatos que salía de su turno de noche.

Como de costumbre, fue hacia los ascensores para subir a la planta cuarta.

Allá ya le estaría esperando Rosa, la enfermera de planta,

con el encargo de todos los días. Ese martes iba reflexionando sobre su peculiar relación con el hospital. Es verdad que él era enfermero, pero no formaba parte de la nómina del hospital. Él ya estaba jubilado, había trabajado casi treinta años de enfermero (después les llamaron ATS y ahora ya no sabía cómo les llamaban, pero él era enfermero). Trabajó en el consultorio de la SEAT de la Zona Franca, y se había jubilado hacía cinco años. Era viudo y sus hijos, ya mayores, tenían su vida organizada, así que no tenía nada que hacer en casa. El día en que se jubiló fue a ver al hijo de una prima al que habían operado de amígdalas. Nada serio, pero fue a hacerle compañía. El chico compartía la habitación con un hombre de avanzada edad al

* Traductor médico, Barcelona (España). Dirección para correspondencia: analogia@ya.com.

que nadie iba a ver. Se compadeció de él y empezó a darle un poco de conversación. Se dio cuenta de que al hombre le sentaba bien la compañía, y que él mismo también se sentía mejor. Tanto que al día siguiente, aunque a su sobrino ya le habían dado de alta, volvió al hospital para visitar al hombre. Y así todos los días, hasta que un día llegó y se encontró la habitación vacía. No supo qué hacer y buscó a la enfermera de planta para preguntar por él. La enfermera le comentó que aquel hombre había estado ingresado seis semanas, que durante las cuatro primeras no lo había ido a ver nadie y que, sin embargo, durante las dos últimas en las que él lo había ido a ver todos los días había mejorado espectacularmente. Nadie lo había venido a buscar, se había ido sólo, pero se fue con una sonrisa en los labios.

El ascensor abrió sus puertas delante de él, y se metió dentro mecánicamente, sin perder el hilo de sus pensamientos.

Recordaba cómo aquellas palabras de Rosa le habían abierto los ojos y cómo en ese mismo momento había decidido que todos los días iría al hospital a hacer compañía a quien no tuviese otras visitas. Después, con el tiempo y con la complicidad de Rosa, refinó aún más su asistencia voluntaria. Las enfermeras recogían las flores que los enfermos dados de alta se dejaban en las habitaciones. Cuando él llegaba por la mañana, se las encontraba en el vestuario de los ATS. Él montaba dos o tres ramos y se iba a ver algún paciente desconocido para llevarle un ramo y hacerle un rato de compañía.

Iba pensando en todo eso porque precisamente hoy hacía exactamente cinco años que se había jubilado. Hoy hacía cinco años que había empezado con estas visitas a desconocidos.

Las puertas del ascensor se volvieron a abrir en la planta cuarta, y automáticamente dirigió sus pasos hacia el vestuario.

Suponía que aquello que él hacía tenía alguna utilidad, aunque algunas veces dudaba. Para él mismo era muy gratificante, pero cuando los pacientes eran dados de alta él dejaba de tener contacto con ellos, así que en realidad no sabía si les había ido muy bien o no.

Cuando entró en el vestuario no encontró el montón de

flores que habitualmente dejaban sobre el cesto de la ropa, sino una nota. En ella la enfermera jefe le pedía que esa mañana bajase a la Planta 1, a la sala 118, a buscar a un enfermo en una camilla. Andaban más justos de personal que de costumbre, y por ello le pedía ese favor. Alguna otra vez a lo largo de estos cinco años ya le habían pedido que echase una mano, aunque muy excepcionalmente, y desde luego nunca lo habían hecho mediante una nota escrita. Supuso que la enfermera andaría muy apurada y por eso no lo había esperado para decirselo personalmente.

Volvió a coger el ascensor para bajar a la Planta 1 e ir a la sala que indicaba la nota. Nunca había estado en esa planta y no sabía qué sala era. Supuso que debía ser la de reanimación, o fisioterapia, o algo así. Salió del ascensor, y siguiendo las indicaciones que vio por el pasillo llegó a la sala en cuestión. Llamó a la puerta, y cuando oyó la voz de la enfermera jefe al otro lado, invitándole a pasar, entró. Vio a Rosa al lado de la puerta, sonriendo junto a una camilla, si bien le dio la sensación de que la sala era muy grande. No le dio tiempo a preguntar adónde quería que llevase al enfermo, porque enseguida se encendieron más luces y vio que estaba en una gran sala de reuniones llena de gente. Había personas vestidas con ropa de calle, personal sanitario y pacientes con bata del hospital, cada uno de ellos con una flor en la mano. Todos le miraban y le sonreían. Y tuvo la sensación de que los conocía a todos, aunque no recordaba todos sus nombres. Se quedó sin habla, y no supo qué decir mientras uno por uno se iban acercando, le iban dando las gracias junto con la flor que llevaban en la mano. A final, cuando tenía las manos llenas de flores, las mejillas llenas de besos, la espalda llena de abrazos, los ojos llenos de lágrimas, el corazón lleno de felicidad y la garganta llena de mudez, Gustavo, que así se llamaba nuestro protagonista, oyó la voz de la enfermera que le decía: «... y todos dijeron que estaban dispuestos a venir para darte las gracias por el tiempo que les habías dedicado, pero hay algunos que ahora viven en el extranjero. Saben que los médicos les han curado, y que ellos mismos también han tenido que poner mucho de su parte para superar sus enfermedades. Pero todos ellos querían decirte cuán útil les ha sido tu dedicación desinteresada. Estos cinco años no han sido en balde, Gustavo».

